

cer los debidos honores al Primer Magistrado de la República. El regreso del Ejército, así ordenado, por las calles de la carrera, constituía, el acto más grandioso de la solemnidad.

Juegos de volatines en la plaza, paseos, circo y otras diversiones por la tarde; fuegos de artificio, teatros y espléndidas iluminaciones por la noche, completaban las distracciones de aquel día, á cuya solemnidad ó brillo contribuían las colonias extranjeras.

Algunas veces amenizaban la procesión hermosos carros alegóricos.

La festividad del 16 de Septiembre fué instituida por decreto de la Regencia de 2 de Marzo de 1822.

Antiguamente, en la época de Santa-Anna, con especialidad, celebrábase además otras fiestas patrióticas como las del 11 y 27 del mismo mes de Septiembre, la primera en conmemoración de la batalla de Tampico contra Barradas, y la segunda como aniversario de la entrada en México del Ejército trigarante al mando de Iturbide.

Todos los actores de aquel drama extraordinario han desaparecido de la haz de la tierra y se hallan sujetos al juicio de Dios, actores de aquel drama que, como final resultado, desató vínculos políticos, pero que ni pensó ni intentó romper los lazos que estrechamente debían unir, para siempre, á la madre con la hija.



## IX

### EL DIA DE MUERTOS.

“Vestidos negros y pensamientos verdes.”—QUEVEDO.

**T**ODOS los calendarios, sin excepción, dicen:—“Noviembre 2.”—“Conmemoración de los fieles difuntos.”—¡Qué gran mentira es ésta! Tan inexacta y tan falta de fundamento es la tal indicación como la de los pronósticos que acerca del buen ó mal tiempo nos aseguran, con inaudito descaro, los mismos almanaques. Deberían decir, para no faltar al octavo mandamiento:—“La festividad por los fieles difuntos.”

Que muchos llevan ese día luto en el ves-

tido y luto en el corazón, nadie podrá negarlo; que muchos acudan presurosos á los cementerios para colocar en los sepulcros de sus deudos, como ofrendas de su amor, cirios y flores, ninguno tampoco puede ponerlo en duda; mas lo que sostengo, por que el hecho está á la vista, es que en tal día dominan generalmente los pensamientos verdes de que trata Quevedo, y las lágrimas de cocodrilo de que hablo yo.

Ese día es para unos, y hablemos claro, pa-

ra los creyentes, un día de llanto y de profunda meditación, y para otros, es decir, para los indiferentes ó tibios, un día de risa como otro cualquiera. Los primeros, como se ha manifestado, son los que llevan á los sepulcros flores y cirios: aquéllas como la más pura manifestación del acendrado cariño y éstos como el emblema del fervor religioso. Las flores constituyen el adorno más precioso de la tumba, que la envuelven en una atmósfera de suavísima fragancia, y los cirios son el símbolo de la oración, exhalada continuamente por la llama que se dirige al Cielo y expresada por el constante chisporroteo de las luces. Los indiferentes llevan también cirios y flores, pero no para expresar aquellos sentimientos, sino para rendir culto á la costumbre y dar su tributo á la vanidad.

Todos van á la mansión de los muertos, y los mismos escépticos al entrar en el camino trazado por los actos civiles no pueden prescindir de penetrar en los que marcan los religiosos y, ¿sabéis por qué? porque son arrastrados por la irresistible fuerza de la creencia universal, de la misma manera que un peñasco es arrastrado por impetuosa corriente ó arrebatado por el violento alud de la montaña.

#### LOS ENTIERROS.

Una cartulina negra con letras de oro ó plata, ó bien blanca con letras negras, te anunciaba, lector querido, la muerte de un pariente, de un amigo ó de un simple conocido, cosa en verdad que pasa en todos tiempos: mas la diferencia que encuentro entre las tarjetas antiguas y las de ahora, me obligan á tomarlas, como se dice en estilo oficial, en consideración.

Sobre fondo negro y lustroso, que era de uso más general, aparecía dorada ó plateada, y más ó menos bien dibujada, una urna debajo de un baldaquín, sostenido por columnas cuyas bases eran unas calaveras ante dos canillas cruzadas, descansando sobre aquellos capiteles unas lechuzas, aves nocturnas que ven en las tinieblas y tienen un canto monótono y lúgubre. En la plancha principal de la urna figurada, ó en la de su pedestal si lo tenía, aparecía el fatal anuncio, redactado en los mismos términos usados hoy, sin más diferen-

cias que la de no expresarse, por innecesaria entonces, la advertencia de que la muerte había efectuándose en el seno de la Iglesia Católica y la de insinuar al invitado, lo que hoy no se acostumbra, á que concurriese á los funerales con su coche (si lo tenía se entiende).

Reuníanse, como hoy, los dolientes á la hora señalada, en la casa mortuoria, y en tanto que unos permanecían en pie en el patio y en los corredores, otros entraban en la sala ó asistencia, cuyos muebles y espejos se hallaban cubiertos de lienzos blancos sostenidos por lazos y moños negros, esperando aquéllos la salida del ataúd de la pieza que había servido de capilla ardiente, momento terrible en que los sollozos y algunos lejanos y ahogados gritos, anunciaban á los dolientes la irremediable cuanto penosa despedida de los deudos del difunto.

Los entierros efectuábanse de la manera que paso á indicar.

Allá en tiempos de Maricastaña asistían á los funerales los *trinitarios*, que era los aguadores, que, conforme á las prescripciones de su cofradía, establecida en el templo de la Santísima, enterraban á los muertos, á cuyo efecto vestían hopalanda colorada y valona de lienzo blanco. Cuatro de ellos cargaban el ataúd, y unos diez ó más, marchaban por delante, de dos en dos, con vela encendida en mano. Muy anterior á ésta cofradía fué la que existió en el mismo templo de la Santísima, desde el 20 de Marzo de 1580, cuyo título fué: “Archicofradía de la Santísima Trinidad,” formada de doce caballeros ó guardianes de la sagrada imagen, quienes vestían igualmente túnicas purpúreas, con encomiendas y escudos de metal, y cruces triangulares sobre el pecho. Guiábalos en las procesiones el guardián tesorero, enarbolando un estandarte en el que lucía una cruz azul en campo carmesí. Con el tiempo aumentóse la Archicofradía con el gremio de los sastres, que tuvieron por patrón á San Homobono, y más tarde con el de los cirujanos, farmacéuticos y flebotomianos, que por patrón principal adoptaron al Santo Cristo de la Salud, cuya imagen se ha venerado en el mismo templo, y por patronos secundarios á San Cosme y San Damian, bajo cuya advocación se fundó la primera ermita que en el lugar de aquel templo existió.

A juzgar por el traje que adoptaron los trinitarios y á su institución en el mismo templo, debió haber existido relación muy directa entre ellos y los antiguos guardianes del Misterio de la Trinidad.

Los trinitarios habían desaparecido á mediados del siglo, siendo sustituidos en los servicios fúnebres por los pobres del Hospicio. Generalmente concurrían á los entierros ocho hospicianos grandes que, alternándose, cargaban el ataúd, y ocho chicos que iban delante con cirios encendidos, y á todos se les pagaba un peso por vía de limosna. Su traje era, como la cachucha, negro, y ceñían la blusa con cinturón de cuero. En las exequias pomposas el máximo era de 100 hospicianos, como se vió en los funerales de Don Lucas Alamán en el templo de Jesús el 3 de Junio de 1853.

Tras del fúnebre cortejo seguían con los dolientes los carruajes, más ó menos de lujo y numerosos, según la calidad del difunto. En la época á que me refiero (mediados del siglo), ya estaban en uso los carros fúnebres: así es que la diferencia en los entierros, además de la expresada, consiste en que los coches de cuatro asientos están sustituidos por carruajes de tranvías.

Otra notabilísima diferencia de tal costumbre consiste en el comportamiento de los asistentes, cuya conversación declina verdaderamente en irrespetuosa, lo que debe reconocer por causa la mayor concurrencia en cada vehículo.

Hoy los asistentes á los funerales pueden dividirse en tres clases:

1<sup>a</sup>. La de los verdaderos dolientes, ó sean los deudos y amigos de corazón, quienes se instalan en el primer carro, si suponemos que sólo sean tres, para facilitar más la descripción.

2<sup>a</sup>. La de los que concurren por obligación, siendo tales individuos dependientes de la casa del difunto, sus antiguos empleados subalternos de oficina, civil ó militar, ó de alguna casa de comercio. Estos se apoderan generalmente del segundo carruaje.

3<sup>a</sup>. La de los indiferentes, que concurren por compromiso, y son los que invaden el tercero y último coche, con el preconcebido fin de irse desprendiendo poco á poco y uno por uno en las bocacalles durante el tránsito, sin

riesgo de ser vistos por los dolientes, que van delante.

Escuchemos ahora lo que en cada uno de esos carruajes se platica.

En el primero:

—¿Qué dice usted? ¡Qué desgracia!

—Si me parece imposible la desaparición de este amigo tan querido.

—Tan bueno, tan honrado y tan consecuente....

—Y tan excelente padre de familia y tan buen ciudadano.

—¡Pérdida es y muy grande la de mi amigo para la familia y para la Patria, ó para las letras, ó para el Ejército, si en vida había sido literato ó militar el difunto.

Como se observa, en este coche había sólo el cariño.

En el segundo carruaje:

—¡Qué dices, hombre, qué mala suerte es la mía! ¡Morirse el patrón (ó jefe) en los momentos en que iba á aumentar mi sueldo según me había ofrecido, ó á promover mi ascenso en la oficina!

—Lo que es por mi parte lamento su muerte, más ésta no empeora mi situación, pues sabes que el difunto no me quería.

—También eras muy faltista.

Entretanto, otros sostienen diálogos de distinto género:

—¡Pobres muchachas Fulanita y Zutanita, (las hijas del difunto); están inconsolables pero cada vez más lindas.

—Ahora es tiempo de consolarlas....

—Como que te diré, Zutanita no me ve con malos ojos.

—Ni á mi Fulanita, pero téngole miedo á la vieja que todavía está muy fuerte.

—Pues hijo, el que no se aventura no pasa la mar.

En este coche suele, de vez en cuando asomar á los labios de los asistentes la sonrisa.

En el tercer carruaje:

—Convénzase usted, Fulano (el difunto) se llevó la llave de la gaveta.

—No lo crea usted, pues según pública voz y fama, ha dejado una fortuna más que regular.

—Pues yo tengo mis datos para juzgar lo contrario. Muchas veces la señora me expuso

sus cuitas, manifestando que la fortuna de su marido iba á menos cada día.

—Pero tenga usted presente que donde lloran está el muerto. Yo sé que Fulano hizo muchos negocios que le proporcionaron grandes utilidades.

—Es verdad, pero también tuvo grandes pérdidas en el juego, pues como usted sabe, era muy dado á la *timba*.

—No tanto, hombre; es verdad que no tenía mucho de aquello con que se hacen los sermones, pero es de lo que menos se necesita hoy para hacer pesos.

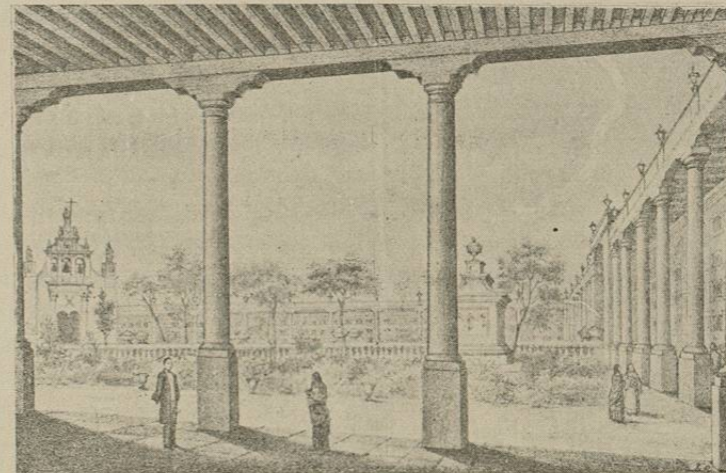
—¿Cuánto cree usted que dejaría?

—Su medio millonaje.

—¡Caspita! Es decir, que á cada hijo le tocarán sus 125,000 duros. No es mal bocado.

llenar los carros que le pidan con dolientes de la primera clase, y con pocos de la segunda, absteniéndose de invitar á los de la tercera, que son los que rehuyen los momentos tristes y ultrajan un cadáver con su importuna conversación.

Concluidos los funerales y ya de regreso á la ciudad los que asistieron á ellos, vanse apeando de los tranvías y dirigiéndose, unos á los billares y cafés, otros al teatro y los menos, que son los dolientes verdaderos, á la casa mortuoria en la que suelen encontrarse con otras personas de esas impertinentes que en tan terribles momentos insultan á una familia desdichada, manifestándole pesar con la palabra y su indiferencia, por no decir desprecio, con sus pláticas y risa tan fuera de pro-



INTERIOR DEL PANTEON DE SANTA PAULA.

Y así prosiguen haciendo el balance de la fortuna del difunto y una cuenta tan exacta que ni el finiquito falta, y de esta conversación pasan á otra más animada hasta terminar en anécdotas y cuentos que provocan carcajadas. Cuestión de contrastes: unos lloran y otros rien.

¡Y éstos son los que acompañan á un cadáver á su última morada!

Tan repugnante es para mí esta conducta, que una vez, en caso semejante, hube de salirme indignado á la plataforma del carro, en compañía de otro amigo.

Por tal motivo, aconsejo, lector amigo, á todos aquellos que por desgracia ineludible tengan que acudir al Sr. Gayoso, procuren

pósito, según habrás tenido ocasiones de advertir, querido lector.

#### EL PANTEON DE SANTA PAULA.

Hallábase situado en la Calzada de Santa María y tenía su puerta principal al Oriente, casi enfrente de la calle de los Salitreros, para llegar á ella pasábase un mal puente construido sobre una acequia sucia y pestilente, que corría por toda la avenida, de Sur á Norte, desde la rinconada que formaba el antiguo edificio de las Hermanas de la Caridad, ya derribado, hasta el puente de Santiaguito. Dicha puerta, único detalle que por fuera interrumpía la monotonía de los muros que por

cada lado se extendían, en una longitud de 62 metros, era de medio punto con verjas de madera pintadas de verde, apareciendo entre los radiantes barrotes del arco una mitra y arriba de la clave una O dividida de medio á medio por una espada, con lo que un ingenio cursi pretendió significar: ¡oh partida!

Al entrar en el amplio zaguán veíanse pintadas en una y otra pared, respectivamente, las siguientes octavas:

Piedad, misericordia, Dios bondoso,  
Alivia al hombre en su terrible muerte,  
Y á la entrada del mundo misterioso  
Sosténgalo, Señor, tu brazo fuerte.  
Mortal que entras aquí, ruega ardoroso  
Por los que hallaron ya su eterna suerte;  
Y á la súplica ardiente de este suelo  
Siempre benigno la ha escuchado el cielo.

En este sitio solitario, umbrío,  
A donde gime el alma enternecida  
No se halla la fortuna, el poderío,  
Sino el último resto de la vida:  
Aquí se torna el hombre en polvo frío:  
Aquí ve su carrera fenecida.  
Respeto este lugar, y al verlo, espera  
El golpe horrible de la muerte fiera.

Abajo de una de las octavas había, también pintada, una calavera y dos canillas cruzadas y más abajo esta sentencia:

*Fuí lo que eres  
Serás lo que soy.*

Una crujía limitada por balaustradas de piedra, igualmente compartidas por pilastras que sustentaban urnas funerarias, conducía directamente á la capilla, que se levantaba en el centro del panteón, con su puerta de arca-das gemelas y sobre cuyo entablamento, sostenido por columnas dóricas, se alzaba el campanario formado de dos cuerpos: el inferior de tres arcos y de uno solo y de menores proporciones el superior, al que daba remate una estatua de la Fe, cuya cruz dorada y bruñida reverberaba los brillantes rayos del sol. Las campanas pintadas de negro y con una cruz dorada, que en los mencionados arcos existían, dejaban oír, durante las exequias que se efectuaban en las diversas horas del día, su pausado y triste clamoreo.

Tres galerías abiertas con sus techos de viguería, sostenidos hacia el interior por pilas-tras dóricas y hacia afuera por las paredes y sepulcros que en tres órdenes sobrepuestos existían, limitaban el panteón por el Oriente, Norte y Sur, no avanzando estas dos últimas más allá del frente de la capilla; de suerte que la mitad de aquél hallábase sin construcciones, y era la parte en que se abría la capiro-tada ú hoyanca de repugnante aspecto, en la cual dábase sepultura común á los cadáveres de los pobres cuyos deudos no podían pagar la particular. Una trampa de madera, á guisa de puente levadizo, cubría aquélla, y sólo se levantaba para dar entrada en la espantosa hondura á un nuevo cadáver, el cual, apenas cubierto con un puñado de tierra, se confundía con los demás. ¡Dichosos tiempos los actuales en que ha desaparecido tan lúgubre como pernicioso costumbre!

Cada tramo del panteón, separado por la crujía, se hallaba compartido en cuatro jardines de forma regular, en los que se levataban criptas y sepulcros de construcciones más ó menos elegantes. Entre esos monumentos eran notables, los de las familias Luermo y Melgarejo, los del Doctor Andrade y Don Antonio María Esnaurrizar, y el que se levantó para depositar el pie que perdió el General Santa-Anna, combatiendo contra los invasores franceses, en Veracruz, el 5 de Diciembre de 1838; ese pie hallábase guardado antes, en urna de madera, en la capilla de Santa Teresa.

\* \* \*

El Panteón de Santa Paula estaba ligado á dos acontecimientos que no debo pasar en silencio, y á ellos voy á referirme.

Si la adulación levantó aquel monumento, la ingratitud lo echó abajo el 6 de Diciembre de 1844, sirviendo de instrumento ese mismo pueblo que, en días mejores, abatiendo su dignidad, se uncía en lugar de los caballos á la carroza de Santa-Anna para conducirlo en triunfo por las calles de la Capital; pueblo que, como todos, siempre está dispuesto á lapidar hoy al que incensó y glorificó ayer, digno representante, en tal día, del revolucionario pueblo francés que, en Octubre de 1793, asaltó la abadía de San Dionisio, para profanar los

cadáveres de sus antiguos reyes, sin perdonar el de Enrique el Grande y el del no menos famoso general Turena, ambos gloria de la Francia.

Entiéndase bien que no trato de defender la personalidad del General Santa-Anna, ni de disculpar sus graves faltas cometidas particularmente en su última dictadura y aún después de ella; ataco un acto innoble é indecoroso que ni siquiera fué debido á la exaltación de un partido, sino á los rencores personales de un solo individuo que supo explotar á tiempo la veleidad del pueblo bajo.

Un malaconsejado médico y algunos individuos á caballo azuzaron á nuestro pueblo y lo condujeron al panteón de Santa Paula, y echando al olvido que en aquella reliquia estaba vinculada una página de nuestra historia, la columna fué lazada, echada á tierra y reducida á pedazos, destrozada la urna y atados al extremo de una cuerda los restos de aquel pie, perdido por su dueño en defensa de la Patria. Arrastrados por las calles de la ciudad á los gritos de ¡*Muera Santa-Anna!* desprendiéronse al fin del lazo en la de Vergara, siendo levantados por un santa-annista, según se aseguró. El pueblo siguió dando muestras de su inconsciente encono, destruyendo la estatua que se levantaba en el peristilo del gran teatro, y cometiendo otros desórdenes que al fin pudo evitar la autoridad haciendo bajar de su columna otra estatua del mismo Santa-Anna que se hallaba en la Plaza del Volador, y la cual fué depositada en una cochera del Palacio. También se retundió el busto de yeso que en uno de los medios puntos de los balcones de la "Sociedad de la Bella Unión" había.

Ese mismo pueblo amotinado intentó destruir el hermoso cuadro de París, que representa la capitulación de Barradas en Tampico y en el cual resaltaba la figura de Santa-Anna, pero el diputado Llaca impidió que se llevase á cabo aquel acto de lesa civilización.

Deseoso de investigar el paradero de los expresados restos, para complemento de esta historia, he preguntado á los libros y á los hombres, y sólo he adquirido relaciones de periódicos, como las de *El Correo del Comercio*, *La Iberia* y *El Federalista*, el año de 1874, que se contraen al asunto, cuando ya el General Santa-Anna, anciano y alejado por

completo de la política, habíase radicado en México en la casa número 6 de la calle de Vergara. De esas relaciones he tomado los puntos necesarios á mi objeto, y para determinar los rasgos característicos de aquel personaje en los últimos años de su existencia.

Un amigo de nuestro inolvidable Don Anselmo de la Portilla, el inteligente y caballeroso Director de *La Iberia*, visitó al General Santa-Anna el día 12 de Marzo del expresado año. La pintura que hace de ese personaje que tantas veces fué el árbitro de los destinos de México, es la que sigue: Era un anciano de elevada estatura y de cabeza erguida, y vestía el traje tradicional, compuesto de un ancho pantalón blanco, chaleco de seda amarillo claro, casaca azul con botón de águila, dorado y corbata blanca. A pesar de las arrugas que surcaban su rostro y de los pocos cabellos que cubrían su cabeza, negros todavía, su aspecto era el de un hombre cuya edad no excedía de los sesenta años; su paso, aunque lento á causa del pie, era firme y seguro, y su cuerpo tan erguido, que aún prometía resistir los embates de la edad.

Después de referir Santa-Anna las impresiones recibidas al regresar á su patria, en la que todo halló mudado, no sólo en lo concerniente á la administración pública, sino en lo relativo á las costumbres y á los hombres; de lamentarse por la pérdida de tantos amigos que la muerte le había arrebatado y de felicitarse por los pocos que le quedaban, y después de relatar hechos que conservaba vivos en su memoria y que, en parte, dejaba escritos según decía, recayó la conversación sobre los restos de aquel pie que consideraba perdidos y con los cuales venía á reunirse, como había dicho en los Estados Unidos.

Una feliz conincidencia permitió al escritor de quien he tomado estos apuntes, dar la relación del hecho que tanto he deseado esclarecer, aunque no ha dejádome aquélla satisfecho por cuanto á que no ha sido comprobada por varias personas á quienes he preguntado y que, en mi concepto, debieran estar instruidas de los hechos que se mencionan.

Una señora presentóse al general, en presencia de la persona en cuestión y le entregó una caja diciéndole que su marido, antiguo Coronel del Ejército, había encargado poco